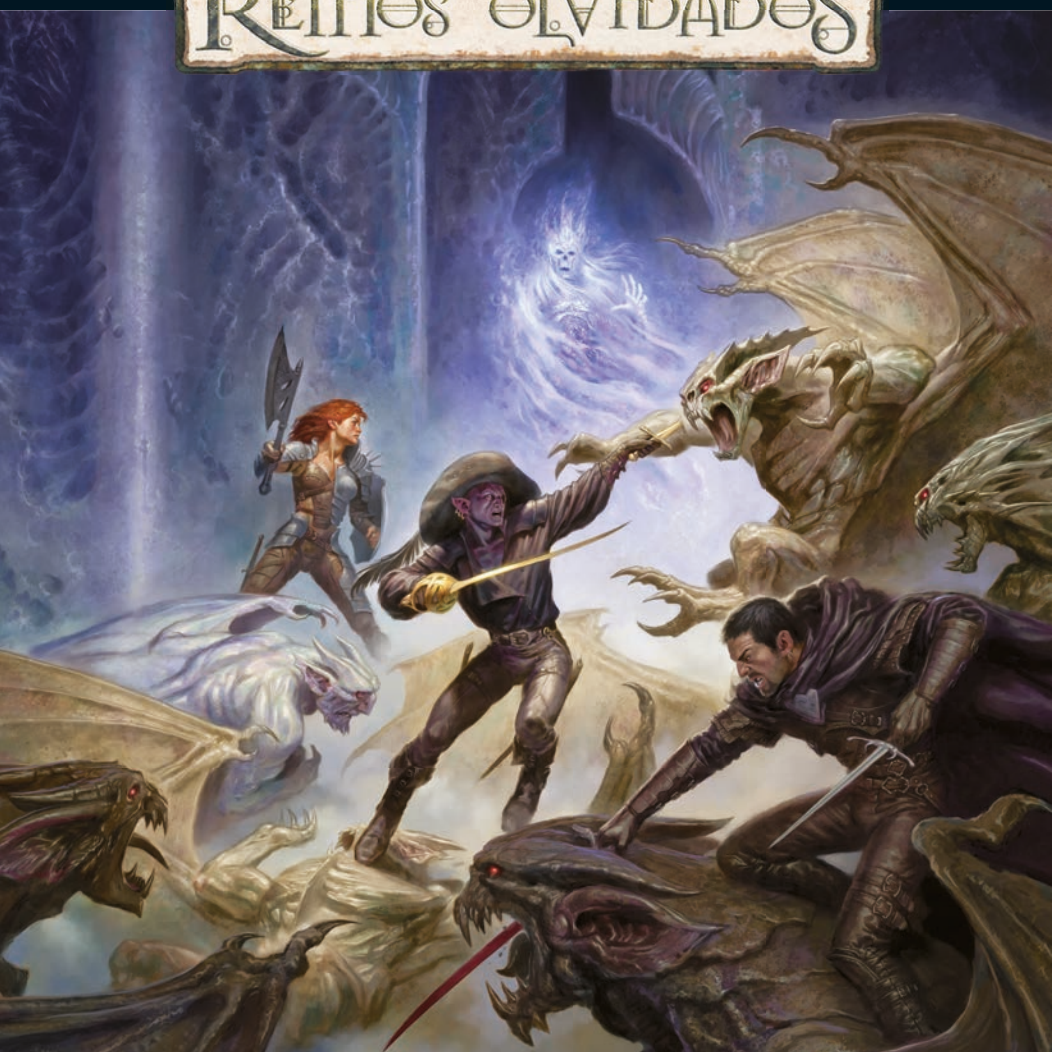


R.A. SALVATORE

La promesa del Rey Brujo

LA LEYENDA DE DRIZZT

REINOS OLVIDADOS®



LOS MERCENARIOS · VOLUMEN 2

minotauro



LA PROMESA
DEL REY BRUJO
LOS MERCENARIOS II

R. A. SALVATORE

minotauro

Los mercenarios nº 02/03 La promesa del Rey Brujo

Published by Wizards of the Coast

© 2024 Wizards of the Coast LLC. Used with permission. Licensed by Hasbro.

Originally published as *Promise of the Witch-King*

DUNGEONS & DRAGONS, D&D, FORGOTTEN REALMS, their respective logos, and The Legend of Drizzt are trademarks of Wizards of the Coast LLC in the U.S.A. and other countries. All characters in this book are fictitious. Any resemblance to actual persons, living or dead, is purely coincidental. All Wizards of the Coast characters, character names, and the distinctive likenesses thereof, and all other Wizards trademarks are property of Wizards of the Coast LLC.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2024 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Emma Fondevila

Rediseño de cubierta: Coverkitchen

Imagen de cubierta: Todd Lockwood

ISBN: 978-84-450-1130-0

Depósito legal: B. 6.135-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

US, Canada,
Asia, Pacific & Latin America:
Wizards of the Coast, Inc. Way
P.O. Box 707
Renton, WA 98057-0707
+1-800-324-6496



European Headquarters:
Hasbro UK Ltd Newport,
Gwent NP9 0YH GREAT
BRITAIN

Visit our web site at www.wizards.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

LA COMPAÑÍA

Parissus, la mujer impultariana, hizo una mueca de dolor mientras el enano de barba roja le quitaba una apretada venda que le cubría el antebrazo.

—Será mejor que te quedes aquí para decirme que has decidido entregar el resto de nuestra recompensa —le dijo la mujer al soldado sentado en el otro extremo de la pequeña habitación donde el clérigo había instalado la capilla. El aspecto resultante de sus anchos hombros y el pelo rubio cortado muy corto y a trasquilones contribuía a que sus palabras resultaran amenazadoras, y cualquiera que hubiese visto alguna vez a Parissus blandiendo su poderosa espada habría dicho que la sensación de amenaza era muy real.

Al hombre, de espeso pelo negro, barba hirsuta y piel bronceada por las muchas horas de exposición al sol, atractivo dentro de su rudeza, todo aquello le parecía divertirlo.

—No te rías, Davis Eng —dijo la compañera de la mujer, una semielfa de constitución mucho más pequeña que Parissus.

Entrecerró los ojos para abrirlos a continuación con fiereza. Era comprensible que aquella mirada hubiera inspirado miedo a tantos enemigos. Los ojos azules, casi grises, de Calihye fueron lo último que vieron muchos adversarios. ¡Esos ojos! Tan intensos que hacía que muchos pasaran por alto la terrible cicatriz de la mejilla derecha de la mujer, donde el garfio de un pirata la había alcanzado y había estado a punto de destrozarle la cara. Le había abierto un tajo desde la mejilla, pasando por la comisura de los delgados labios, hasta el centro del mentón. Sus ojos resultaban todavía más desconcertantes por el contraste entre ellos y el largo pelo negro y las facciones angulosas de la elfa que, de no haber sido por la cicatriz, se habrían considerado decididamente hermosas.

Davis Eng rió entre dientes.

—¿Qué te parece, Pratcus? —preguntó al clérigo enano—. Esa pequeña herida suya tiene un aspecto tan horrible que parece hecha por un gigante.

—¡Es la oreja de un gigante! —dijo Parissus con un gruñido.

—Pequeña para un gigante —replicó Davis Eng, y después de rebuscar en el bolsillo que llevaba al cinto sacó una oreja cortada y la sostuvo ante los ojos—. Pequeña para un ogro, diría yo, pero podría disuadirme de cobrar la recompensa por un ogro.

—O podría sacártelo del pellejo —amenazó Calihye.

—Con las uñas, espero —replicó el soldado. El enano se rió.

Parissus le dio un golpe en la cabeza que, por supuesto, sólo sirvió para que riera más alto.

—Cada diez días se repite el juego —observó Pratcus, y ni siquiera la taciturna Calihye pudo reprimir una risita al oírlo.

Era cierto, cada diez días, cuando llegaba el momento del pago de las recompensas, Davis Eng, ella y Parissus volvían a su jueguito de discutir sobre el número de orejas, de goblins, orcos, osgos, hobgoblins y gigantes que el eficiente par de cazadoras había aportado a la Puerta de Vaasa.

—Sólo un juego porque ése pretende embolsarse un poco del dinero de Ellery —dijo Calihye.

—De la «comandante» Ellery —corrigió Davis Eng con un tono realmente serio.

—Eso o es que no sabe contar —dijo Parissus con otro quejido cuando Pratus tiró otra vez del vendaje para ponerlo en su sitio—. O es que no sabe distinguir entre un ogro y un gigante. Sí, supongo que es eso, ya que no ha puesto un pie fuera de Damara desde hace años.

—Tuve que luchar lo mío —arguyó el hombre.

—¿En la Guerra del Rey Brujo? —soltó Parissus—. Eras un niño.

—Vaasa no es ahora un territorio tan salvaje como lo era después de la caída del Rey Brujo —dijo Davis Eng—. Cuando me incorporé al ejército de la Piedra de Sangre, había monstruos de toda calaña pululando por estas colinas. Si el rey Gareth hubiera estado dispuesto a pagar una recompensa en aquellos meses iniciales, se habría quedado sin dinero, sin duda.

—¿Mataste algún gigante? —El hombre respondió a la pregunta de Calihye con una mirada furiosa—. ¿Estás seguro de que no eran ogros? ¿O goblins, tal vez?

El comentario arrancó otra carcajada a Pratus.

—Bah, ése siempre tuvo problemas para medir las cosas —añadió Parissus—. Al menos eso dicen en la taberna de Ironhead y en

Botas Embarradas y Espadas Ensangrentadas. Pero creo que es por coherencia, porque si mide ahora como medía entonces, sin duda estaría seguro de que le habíamos dado la oreja de un titán.

Pratcus dio un bufido y al moverse retorció sin querer el vendaje de Parissus, que volvió a quejarse estentóreamente.

Calihye también se rió, y después de un momento, incluso Davis Eng se sumó a ellos. Al fin y al cabo, nunca había podido resistirse a esas dos.

—Lo llamaré gigante, entonces —se rindió—. Una cría de gigante.

—No encontré nada en los documentos de la recompensa que hiciera referencia a la edad —dijo Calihye cuando Davis Eng empezó a contar las monedas.

—Un muerto es un muerto —concedió Davis Eng.

—Te he visto especialmente interesado por nuestras ganancias estos diez días —dijo Calihye—. ¿Hay algún motivo?

Pratcus empezó a reírse por lo bajo a modo de advertencia a las mujeres. Parissus apartó la mano de él y lo miró con furia.

—¿Qué sabes tú?

Pratcus miró a Davis Eng, que también reía y asentía con la cabeza.

—Tu amiga ha superado a Athrogate —explicó el sacerdote enano echando una mirada a Calihye—. Estará de vuelta en un par de semanas, y no le va a gustar que después de tanto tiempo fuera Calihye lo haya superado en recompensas.

La mirada que intercambiaron Parissus y Calihye era más de preocupación que de orgullo. ¿Realmente deseaban ese honor, considerando la disposición de Athrogate y su conocida relación con la Ciudadela de los Asesinos?

—¿Y tú, Parissus, vas a acosar al enano? —preguntó Davis Eng. El hombre le arrojó a Calihye una pequeña bolsa de plata.

—Va a echar humo y a rugir y a correr hecho una furia cuando vuelva —dijo—. Hará algunas rimas tontas sobre las dos, y después saldrá y matará a la mitad de los monstruos de Vaasa sólo para ponerlos en vuestro sitio. Es probable que incluso alquile carretas para llevarse las orejas.

Las mujeres no rieron.

—Seguro, pero estas dos pueden seguirle el ritmo a Athrogate —afirmó Pratus.

Davis Eng rió y lo mismo hizo Calihye. Parissus se sumó poco después. ¿Acaso alguien podía seguirle el ritmo a Athrogate?

—Tiene un fuego dentro como jamás he visto otro —reconoció Calihye—. Y jamás corre tanto como cuando hay cien enemigos en su camino.

—Pero aquí estamos, a su lado, y yo también espero superarlo —afirmó Parissus dejando por fin vía libre a su orgullo—. Cuando nuestros compañeros cazadores miren el tablero de la puerta de Ironhead, van a ver los nombres de Parissus y Calihye clavados en el primer puesto.

—Calihye y Parissus —corrigió la semielfa.

Davis Eng y Pratus rompieron a reír.

—Sólo porque hemos sido generosos en esta última matanza —dijo Davis Eng.

—¡Era un gigante! —dijeron las dos mujeres al unísono.

—Después de eso —replicó el soldado—. Las dos habríais muerto antes de llegar al tablero si la comandante Ellery no hubiera salido a toda prisa. Eso bastaría para denegar la recompensa.

—¡Eso es lo que tú dices, fanfarrón! —rugió Calihye desafiante—. Vencimos con limpieza a los goblins. Fue tu propio colega el que quiso reservarse una parte del combate. Él es el que Ellery puede ahorrarse.

—La comandante Ellery —dijo alguien desde la puerta, y los cuatro volvieron la cabeza y vieron precisamente a tan importante personaje que entraba a grandes zancadas en la habitación.

Pratcus trató de parecer sobrio y respetable, pero de su boca no dejaban de escaparse risitas mientras tiraba con fuerza para enderezar el vendaje de Parissus.

—Comandante Ellery. —El tono de Calihye era deferente y lo acompañó con una ligera reverencia—. Un título bien merecido, aunque parece ser que a mis labios les cuesta pronunciarlos. Te pido me perdonen, comandante Ellery, lady Dragonsbane.

—Dadas las circunstancias, tu indiscreción no tiene importancia —replicó Ellery tratando de no mostrar su azoramiento ante el uso obsequioso de su título. Dragonsbane, un nombre de gran reputación en todas las Tierras de la Piedra de Sangre.

En puridad, el apellido de Ellery era Peidopare, aunque Dragonsbane precedía a ese nombre, y el uso que la semielfa había hecho del apellido familiar era, sin duda, el mayor cumplido que nadie pudiera hacer a Ellery. Era alta y delgada, pero no había nada de frágil en su constitución, ya que había visto muchas batallas y había blandido su pesada hacha desde la infancia. Sus ojos azul brillante mostraban una mirada firme, tenía la piel bronceada, pero delicada, con muchas pecas en torno a la nariz. Sin embargo, las pecas no desmerecían en nada su

belleza, sino que más bien la realzaban, dando un toque juvenil a un rostro que irradiaba fuerza y poder.

—Quería añadir esto a la recompensa —continuó. Sacó un pequeño bolsillo de su cinto y se lo arrojó a Calihye—. Una recompensa adicional del ejército de la Piedra de Sangre por vuestra heroica labor.

—Estábamos hablando de si Athrogate se sentirá complacido a su regreso —explicó Davis Eng, y la idea hizo aflorar una sonrisa al rostro de Ellery.

—Supongo que no se va a tomar tan bien su pase al segundo puesto como Mariabronne cuando aceptó la promoción de Athrogate.

—Todos respetamos a Athrogate —intervino Parissus—. Mariabronne el Solitario ha matado más vaasanos que nosotros tres juntos.

—Algo indiscutible, aunque el explorador no acepta recompensas ni reconocimiento público —dijo Davis Eng, y su forma de hablar hacía evidente que estaba estableciendo una distinción entre Mariabronne el Solitario, nombre legendario en todo Damara, y las dos mujeres.

—Mariabronne se ganó su reputación y su fortuna en los años que siguieron a la desaparición de Zhengyi —añadió Ellery—. Una vez que el rey Gareth reparó en él y lo hizo caballero, no tenía mucho sentido que Mariabronne siguiera compitiendo por las recompensas de Vaasa. Es probable que nuestras dos amigas aquí presentes y Athrogate merezcan pronto semejante honor.

—¿Athrogate armado caballero por el rey Gareth? —replicó con asombro Davis Eng, y Practus se esforzó tanto por contener

la risa que le producía esa idea tan absurda que a punto estuvo de caer al suelo.

—Bueno, tal vez exactamente ése no —concedió Ellery contribuyendo a la diversión de todos.

Había algo que no encajaba, que no olía bien.

En su rostro se veía el trabajo duro, los más de veinte años de batallas. Todavía era atractivo sin embargo, con sus guedejas castaño oscuro y la barba hirsuta. Los hermosos ojos pardos conservaban el brillo de la juventud, más propio de un hombre que tuviese la mitad de su edad, y su sonrisa era a la vez autoritaria y pícara, una sonrisa capaz de derretir a una mujer instantáneamente y que el guerrero nómada había sabido aprovechar muy bien. Había ido progresando en las filas del ejército de la Piedra de Sangre en la época de la guerra con el Rey Brujo, y había sobrepasado incluso esos honores al dejar el servicio oficial del rey Gareth después de la caída de Zhengyi.

Mariabronne el Solitario, lo llamaban, un nombre que casi todo hombre, mujer y niño de Damara conocía bien, un nombre que tocaba una fibra de miedo y odio en los monstruos de Vaasa. El final de su servicio en el ejército de la Piedra de Sangre había sido sólo el comienzo de los servicios de Mariabronne al rey Gareth y al pueblo de los dos estados que en conjunto se conocían como las Tierras de la Piedra de Sangre. Actuando más allá de los confines septentrionales del Paso de la Piedra de Sangre, que conectaba Vaasa y Damara a través de las imponentes montañas Galena, Mariabronne había servido como incansable guardaespaldas de los trabajadores que habían construido

la enorme Puerta de Vaasa. Mariabronne había contribuido incluso más que los hombres que rodeaban al propio rey Gareth al sometimiento de la indómita Vaasa.

El progreso fue lento, tan lento que Mariabronne llegó a dudar de que él mismo llegara a ver Vaasa realmente civilizada. Pero de lo que se trataba no era de acabar el viaje. No podía echar sobre sus espaldas todos los males del mundo, pero sí podía ayudar a sus semejantes a recorrer el camino que en un momento dado desembocaría en eso.

No obstante, algo olía mal. Había algo en el aire. Su sexto sentido le decía al explorador que se avecinaban tiempos muy difíciles.

Tal vez había sido la llamada de Wingham. ¿Acaso el viejo semiorco había llamado antes a alguien a su lado? Todo lo relativo a Wingham, o Wingham el Raro como lo llamaban y él mismo se llamaba con orgullo, despertaba sospechas, por supuesto, y curiosidad cuando no malicia. Pero Mariabronne no cesaba de preguntarse de qué se trataría. ¿Qué sensación soplaba en el viento oscureciendo el cielo de Vaasa? ¿Qué terrible presagio había captado de forma inconsciente por el rabillo del ojo? —Te estás volviendo viejo y miedoso —se recriminó.

Mariabronne tenía costumbre de hablar consigo mismo porque le gustaba la soledad. No quería compañía ni para ir de caza ni en su vida, a menos que se tratara de situaciones temporales, como un cuerpo cálido y suave junto a él en una cama también cálida y suave. Sus responsabilidades lo llevaban a dejar de lado sus deseos personales. Sus visiones y aspiraciones estaban enraizadas en la esperanza de toda una nación, no en los anhelos de un hombre individual.

El explorador suspiró y se protegió los ojos del sol naciente mientras miraba hacia el este a través de la cenagosa planicie de Vaasa. El verano había llegado al erial, aunque la brisa todavía tenía un punto fresco. Muchos de los monstruos más brutales, los gigantes y los ogros, habían emigrado al norte para cazar las manadas de elks, y sin los enemigos más formidables pululando por allí, las razas humanoides menores, sobre todo orcos y goblins, se mantenían ocultas en profundas cavernas o en lo alto de los promontorios.

Pensando en eso, Mariabronne dejó que su vista vagara hacia la izquierda, hacia el sur, hasta la enorme fortaleza amurallada conocida como la Puerta de Vaasa. Su gran rastrillo estaba levantado, y el explorador distinguió en la distancia a los aventureros que salían para la cacería matinal.

Ya se estaba hablando de construir más torres fortificadas al norte de la gran puerta, pues el número de monstruos empezaba a decaer y los cazadores de recompensas ya no tenían aseguradas sus monedas de oro y plata.

Todo iba tal como el rey Gareth lo había planeado y deseado. Vaasa sería pacificada, kilómetro a kilómetro, y las dos naciones se unirían formando la entidad de la Piedra de Sangre.

Pero algo tenía en vilo a Mariabronne. Su sexto sentido le decía desde lo más profundo de su mente que lo oscuro no había sido erradicado totalmente de los territorios salvajes de Vaasa.

—Es la llamada de Wingham —aceptó por fin mientras volvía a su refugio para recoger el equipo.

Poco más tarde, la comandante Ellery recorría la gran muralla que formaba la Puerta de Vaasa. Casi no conocía a esas dos mu-

jeros, Calihye y Parissus, que habían ascendido tanto y tan rápido entre los cazadores de recompensas, y la verdad, a Ellery no le gustaba la más pequeña, Calihye. El carácter de la semielfa estaba tan marcado como su otrora bonita cara, Ellery lo sabía. De todos modos, Calihye era capaz de luchar a la par que los mejores guerreros de la puerta y de seguirles el ritmo al beber, y Ellery tenía que admitir, al menos para sus adentros, que le producía cierta satisfacción ver que una mujer ocupaba uno de los puestos más altos entre los cazadores de recompensas.

Todos se habían reído hablando de la reacción de Athrogate, pero Ellery sabía muy bien que no era una broma. Conocía bien al enano, aunque pocos se daban cuenta de que los dos habían establecido una relación que los beneficiaba a ambos, y sabía perfectamente que, a pesar de su risa chillona y permanente, a Athrogate no le gustaba que nadie se le pusiera por delante.

Pero todos los elogios eran para Calihye, y pronto lo serían para Parissus, pensó la sobrina de Gareth Dragonsbane. No importaba lo que pensara de la pequeña —y a decir verdad, la otra también era un poco tosca para el gusto de Ellery—, tanto ella como Athrogate y todos los demás tenían que admitir sus proezas. Calihye y Parissus eran buenas luchadoras y mejores cazadoras. El número de presas monstruosas había descendido notablemente en torno a la Puerta de Vaasa, pero esas dos siempre parecían encontrar más goblins y orcos que matar. Era raro el día en que ambas abandonaran la fortificación y volvieran sin una bolsa llena de orejas.

Ya lo creo, a Ellery le gustaba mucho que un par de mujeres, entre las pocas que había en la Puerta de Vaasa, hubieran

llegado tan alto. Ellery sabía muy bien por experiencia propia lo difícil que era para una mujer, incluso para una hembra enana, llegar a las esferas patriarcales de la clase guerrera, ya fuera informalmente, como cazadora de recompensas, o formalmente, como parte del ejército de la Piedra de Sangre. Ella se había ganado el grado de comandante combate a combate y discusión a discusión. Había luchado por cada promoción y cada misión difícil. Había conquistado su poderosa hacha arrebatándosela al ogro que la blandía y había ganado la pluma que adornaba su gran yelmo hazaña tras hazaña.

Pero siempre había voces, comentarios hechos al pasar, que susurraban que la alcurnia de la mujer, que ostentaba los nombres de Tranth y de Dragonsbane, especialmente este último, era la justificación de ese ascenso.

Ellery se trasladó al borde septentrional de la gran muralla, apoyó las manos en el pretil de piedra y tendió la mirada sobre el erial de Vaasa. Por encima de ella había muchos hombres en el ejército de la Piedra de Sangre que no habían participado ni ganado la mitad de las batallas que ella. Servía a las órdenes de muchos hombres que no sabían dirigir una patrulla ni establecer guardias ni defensas adecuadas alrededor de un campamento al llegar la noche. Servía a las órdenes de muchos hombres en el ejército de la Piedra de Sangre cuyas tropas se quedaban continuamente sin provisiones por mala planificación.

No obstante, esas voces seguían sembrando dudas, y resonaban en su cabeza y en su corazón.